

Recuerdos sobre exiliados españoles en La Habana

I

Uno de los recuerdos que custodio con mayor interés en la zona juvenil de mi vieja memoria es el de los exiliados de la última guerra civil española en La Habana.

Entre los postreros años treinta y los primeros cuarenta, el escenario cultural habanero, con el universitario al frente, se iluminó de manera extraordinaria con la arribazón de un grupo numeroso de peregrinos europeos de alta calidad.

Los españoles eran para nosotros los menos extraños o extranjeros. La Habana fue en aquellos años una encrucijada de los caminos por donde lograban escapar de Europa los perseguidos por una u otra sinrazón o razón de barbarie. Usted podía tropezarse en la calle con un señor llamado Karl Vossler, con otro llamado Erich Kleiber, o con otro llamado Louis Jouvét, o Sergio Vermel, o Paul Aron.

De pronto, en el tablón onomástico comenzaron a aparecer las Margarita, las María, los José, los Claudio, los Fernando. Eran los republicanos españoles. Y subrayo lo de republicanos porque todos o casi todos los llegados a La Habana eran exactamente eso: republicanos, es decir, gente no totalitaria, no stalinista, gente fiel a la nobilísima noción de la República Española, triturada cruelmente por presuntos aliados, que minaron y dinamitaron aquel ensueño mucho antes de que se produjera la rebelión militar que echó a andar la espantosa Guerra Civil.

Estos exiliados republicanos hallaban en La Habana un plus de amistad y de simpatía a su condición de españoles. La opinión mayoritaria simpatizaba de corazón con la República del 31. Todavía en diciembre de 1958, Fulgencio Batista mantenía un aporte mensual de ayuda al gobierno republicano instalado en México.

En teoría, aquellos exiliados españoles irían a sentir aliviados sus sufrimientos morales y materiales con la estancia en Cuba. Estaban encabezados por una auténtica *élite* de la inteligencia. Si les era afín la opinión en lo político, y si pertenecían al viejo tronco cultural español, tan enraizado y vivo en la Isla, cabía imaginar que estos exiliados iban a encontrar de veras una nueva patria, lo que no ocurría con los otros europeos. No fue así.

II

Por aquellos años se vivía en Cuba una cierta exasperación del nacionalismo. Uno de los temas o consignas más agitados era el del empleo de la emigración española fren-

te al desempleo de la población nativa. Dentro de esa corriente de hostilidad bullía mucho un llamado Frente Cubano de pura factura fascista, creado y dirigido por el poeta Rafael García Bárcenas, que propagaba el odio a los españoles, pedía su expulsión y proponía dividir todo el empleo nacional en tres porciones: una de blancos, otra de mulatos y otra de negros.

Entre las pocas escaramuzas callejeras en que participé figuró la que protagonizamos en la Universidad partidarios y adversarios de la presencia española en las aulas. Hablaba una mañana don Ramón Menéndez Pidal. Este santo varón ofreció en vano un cursillo brevísimo al que no asistimos más de ocho personas, con el agravante de la descortesía del profesor de la materia, que no asistía, probablemente por cubanismo fascista y por considerarse más sabio que el patriarca.

A este agravio pretendían los del Frente Cubano sumar el delicado gesto de expulsar del aula a patadas al intruso. A los defensores de la presencia y actividad de los exiliados españoles en las aulas nos costó mucho trabajo y muchas contusiones ahuyentar a aquellos hitlerianos. Conseguimos además ahorrar al maestro el dolor de enterarse de semejante atrocidad. Luego García Bárcenas fue escorándose hacia la izquierda y acabó su vida como embajador de Castro en Caracas.

Pero la repulsa fascista del Frente Cubano, con todo lo horrorosa que era, contaba al menos con el carácter de la franqueza. Peor era la encubierta resistencia que hacían los claustros. A profesores eminentes como María Zambrano, José Gaos, Joaquín Xirau, Sánchez Albornoz y otros de este calibre, se les contrataban unas pocas conferencias, a las que, por supuesto, no asistían los catedráticos, salvo una o dos excepciones. Nadie tuvo interés en incorporarlos a la Universidad en forma permanente. Se celebraban así actos de intención política como el del primer homenaje a García Lorca después de su muerte, acto presidido por Juan Ramón Jiménez. Pero en lo académico no existían aquellos profesores extranjeros que formaban sin disputa un dicasterio insuperable.

III

Menciono estos hechos con una sola finalidad: la de resaltar la discreción, la dignidad, la decorosa manera con que padecían necesidades y apreturas estos maravillosos seres. Ni una queja se les oyó jamás. Siempre correctamente vestidos, amables, de positivo señorío por dentro y por fuera, llevaban estoicamente la cruz del exilio.

No sería justo olvidar a *los otros*, a los que formaban la masa de republicanos anónimos. Si los componentes de la *élite* intelectual, los profesores con prestigio y con nombre ganado por su obra y su saber, la pasaron tan mal, es de imaginar lo que padecían los «de abajo», los que tenían que ganarse el pan con el esfuerzo de las manos o del quehacer anónimo, cosa tan difícil en todas partes y siempre.

La injusticia cometida contra los famosos se produjo también con escritores y periodistas carentes de renombre, pero no de calidad ni de preparación. En este conglomerado se repitió el estilo del decoro y de la digna manera que tuvieron de torear el hambre y el impago del alquiler de la casa. Muchos se refugiaron en modestos empleos

ofrecidos por españoles de buena posición económica, dueños de empresas y negocios, y otros vivían casi del aire, amparados por hombres como el señor Morán, dueño de un hotel que nadie sabe cómo no quebró de manera fulminante. Los que podían, daban clases particulares, colaboraban en los periódicos, se hacían oficinistas o dependientes de comercio si venía al caso, pero no se conoció jamás un caso de vida parasitaria de un exiliado español, y menos un caso delictivo o ilegal de ninguno de ellos.

Más adelante hablaré de los famosos, de la extraordinaria pléyade de los talentos. Ahora quiero recordar unos pocos casos del otro exilio, el innominado.

Por suerte para mí, estuve en contacto, más o menos intenso, con las dos caras de la moneda. Primero como estudiante universitario y luego como periodista, presencié esa parte mínima de la vida de cada cual que se nos ofrece en la convivencia. Si tuve el inmenso privilegio de escuchar a José Gaos explicar *Ser y Tiempo* de Martin Heidegger —a Gaos se le debe la traducción en la que bebimos todos, incluyendo a algunos astutos que ahora hablan de Heidegger y se les olvida mencionar a Gaos—, tuve también el privilegio de convivir, en los dos periódicos en los cuales hice toda mi carrera periodística, con unos fenomenales y laboriosísimos peregrinos poco conocidos, hombres del montón si se quiere, ¡pero qué calidad de masa, qué montón de hombres tan cultos y caballerosos!

Lamento no evocar a cuantos saludé, conocí o hice amistad. Pero con los ejemplos que paso a citar quiero mencionarlos a todos. Eran la legión de honor del exilio, los soldados desconocidos, honor de la República y de la cultura españolas, honor de España y de su pueblo.

IV

Rafael Pérez Lobo.—Hijo del gran Dionisio Pérez. Abogado y escritor especializado en temas jurídicos. Trabajaba en la Editorial Lex, de otro exiliado, don Mariano Sánchez Roca. Por las tardes rendía la labor de diez en el periódico *Información*, propiedad del cubano-catalán Santiago Claret, hombre de hierro que pasaba en el periódico recién fundado veinte de las veinticuatro horas del día.

Al entrar yo en ese periódico, en 1943, tuve la suerte inmensa de trabajar mesa con mesa con Rafael Pérez Lobo. Yo era una especie de auxiliar suyo en las cien cosas que Claret le tenía encomendadas. Hacíamos de todo: el horóscopo, la página de modas femeninas, las cartas al director y las respuestas a las cartas, una crónica de actualidad general, traducciones de columnistas norteamericanos y franceses, que «fusilamos» en todos los sentidos, mencionar los libros llegados a la redacción, y «de fiapa» o «contra», como se llamaba en Cuba al regalito que hacían los tenderos a los niños, todo lo que nos pasase el jefe de redacción para darle forma y extensión debida.

Pérez Lobo era de una agilidad mental y de una rapidez en el trabajo que dejaban con la boca abierta al mismo director, que se quejaba siempre de la lentitud. Cuando me veía titubear o pensar demasiado para redactar un artículo, una traducción, una sección fija, me preguntaba: «¿Y ahora qué le pasa?» «Nada, que no ha llegado el horóscopo» (entonces venía en inglés, por la INS u otra agencia cualquiera). «¿Y por eso